



Marta Povo
FRAGMENTOS EXISTENCIALES

05- TRASCENDENCIA

Vivimos en una espiral que se eleva de forma natural, como se alza el humo del fuego o la evaporación del agua; nosotros siempre estamos en evolución, siempre subimos, nos expandimos hacia lo sutil, como el humo o el vapor. Tenemos todos una tendencia a elevarnos como lo hace una forma geométrica en espiral, que viene a ser lo mismo que el *despliegue de un círculo*. El círculo es una forma cerrada donde siempre volvemos al mismo sitio. Un círculo es un polígono estable, concéntrico, pero la espiral es una forma geométrica dinámica y atrevida. Una espiral es como un círculo que se despliega y asciende, que decide avanzar y subir, que se abre o se despliega sobre sí mismo y descubre otras realidades. Esa puede ser una buena metáfora para visualizar el *proceso natural de evolución* del Ser Humano.

La pulsión o fuerza que nos lleva a la evolución, a la ascensión o trascendencia de nosotros mismos, esa misma fuerza espiral expansiva es lo que realmente moldea y 'modifica' nuestra Realidad cotidiana. Esta pulsión o fuerza energética de ascensión vibratoria, esa capacidad natural creadora de nuevas experiencias, implica atreverse a imaginar tu nueva realidad, inventar o crear nuevos conceptos de sociedad, implica revisar nuestros valores y afinarlos. Es dejar de repetir patrones e inventar nuevas alternativas. Significa también imaginar y crear tu propia sanación, crear otros comportamientos celulares y también nuevos comportamientos psicológicos y relacionales. Incluso implica comenzar a crear otras circunstancias, atraer otras 'casualidades' o sincronías, incitar o atraer como lo hace un imán otros hechos distintos circunstanciales o exteriores. Es, en síntesis, salir del círculo cerrado que somos, repitiendo una y otra vez experiencias, y desplegarlos o abrírnos a esa fuerza natural en espiral ascendente que llamamos *evolucionar*.

En esta revisión existencial, hoy más filosófica que biográfica, quiero explorar los grados o estadios de la conciencia, el avance que hacemos todos nosotros cuando nuestra conciencia se expande y cuando nuestro ego se trasciende a sí mismo, disolviéndose paulatinamente en una sustancia más sutil y cercana a la fuerza evolutiva universal, a la fuerza natural de ese amor que mueve el universo entero. Algo parecido se puede leer (aunque mucho más exhaustivamente) en el capítulo 'Los chakras vistos como niveles de desarrollo de la conciencia' en mi libro 'GEOMETRÍA Y LUZ, una medicina para el alma'. Pero este tema hoy quiero analizarlo de otro modo...

Creo que hay como un hilo conductor que relaciona nuestras experiencias psicológicas, relacionales y energéticas con nuestra alma. El alma de cada uno se va haciendo cada vez más luminosa (por decirlo en una sola palabra, de momento) conforme va madurando nuestra personalidad, nuestro ego mental y emocional, que asciende y se diluye conforme soltamos creencias limitantes, incluso conforme madura y se ilumina nuestra energía, el campo bioenergético que no vemos pero que dirige todas nuestras células. Al ir evolucionando nos vamos convirtiendo en más sutiles y menos pesados, en más ligeros y flexibles de carácter, en más tiernos, amorosos y tranquilos, en menos mentales y habladores, en más fáciles de tratar, en más agudos e intuitivos, en más capaces de crear nuestra realidad...

Lo he visto en cientos de pacientes y lo he visto en mi propio proceso vital. En esta exploración biográfica que me propongo realizar al comienzo de mi onceavo septenio, he plasmado mi incógnita e incomodidad sobre uno de mis dones, la facilidad de canalizar (Texto 1: El Don); he explorado mi forma de emplear la libertad de elegir (2- La Libertad) y he manifestado todas mis creaciones y su misterioso motor (3- La Creatividad); he reconocido mi procedencia estelar y el fundamento de mi trabajo con la geometría y el color (4- Los Orígenes). Pero hoy necesito ver el hilo conductor de lo que *realmente* ha realizado mi alma, mi psique y mi cuerpo. Mi alma hoy está viviendo una paz que no conocí durante décadas. Mi psique y mis relaciones están en una calma inusual, sin oleadas ni sorpresas. Mi cuerpo está cansado y envejecido, pero también está sano y mucho más amado y mimado por mi alma que cuando no existían ni las arrugas ni la flacidez. Algo se está transformando por sí solo, aligerando y evolucionando de forma natural.

Revisemos de momento los 3 primeros septenios de nuestra vida, cuando el alma empieza a habitar un cuerpo, a conocer su entorno y su propio yo personal... Cuando somos muy niños necesitamos seguridad, alimento, cobijo, estructura... necesitamos la teta y dormir para crecer, necesitamos que nos aseguren el pan porque aún no lo podemos obtener por nosotros mismos. Es una etapa de máxima dependencia, pero a la vez, estamos creando el disco duro de nuestra vida entera. Cuando tenemos entre 0 y 7 años, la 'estructura' es fundamental, alimento constante y regular, una casa segura, esos huesos que crecen a una velocidad vertiginosa, mis juguetes, mi mamá, mi habitación, amigos, etc. Es una etapa muy centrada en asegurarse la construcción de un cuerpo, de una psique y un espacio físico y relacional en el que el alma pueda 'habitar' bien. Es una etapa evolutiva básica pero mayormente estructural, porque en el segundo septenio, entre los 7 y los 14 años, entramos en una etapa distinta de madurez emocional.

Nuestro disco duro respecto a los sentimientos, emociones y a las relaciones en general, se madura y formatea mayormente a partir del segundo septenio. Cualquier pérdida, una ausencia o un duelo (muerte de padres, abuelos, amigos...) puede marcar este hardware de por vida. Una fuerte discusión, o una muestra de desamor de los padres, un abandono, un desprecio, o un simple cambio de escuela y la consecuente pérdida de amigos, puede afligir a un alma tierna, en especial a partir de los 7 años.

El formateo de nuestra base intelectual y espiritual lo realizamos entre los 14 y los 21 años. Es cuando decidimos lo que queremos estudiar, cuando más leemos y descubrimos autores o ideas con las que sintonizamos. Es la etapa cuando nos enfocamos mentalmente hacia un lado u otro de la vida, cuando empezamos a crear nuestros propios valores, más allá de los heredados de los padres, es también cuando elegimos pareja, carrera, trabajo, ideales... Es la etapa de formar realmente nuestra personalidad, eso que llamamos el *carácter*, nuestra propia idiosincrasia o identidad.

Es evidente que los 3 primeros septenios se solapan y entremezclan siempre, pues una pérdida a los 18 años, cuando mi madre murió de repente, por ejemplo, puede quedarse marcado a fuego durante décadas; o tal vez cuando mucho antes del tercer septenio, según lo que viví, tienes que luchar como una fiera para que te permitan estudiar un simple bachillerato. Cualquier experiencia de supervivencia, o de emociones y sentimientos, o de intelectualidad, puede ocurrir siempre en esos primeros 21 años y modificar ese disco duro que nos acompañará el resto de la vida.

Pero esta visión antropológica de la 'estructura del alma', de la formación de nuestro carácter y por tanto de cómo te vas preparando para evolucionar, me parece fundamental. Desde que nace un niño hasta que cumple 21 años, se desarrolla este precioso y delicado proceso que experimenta un alma para poderse asentar en su cuerpo, para preparar su base emocional o relacional y es también su buen asentamiento intelectual y profesional. De hecho, el alma, para poder habitar un cuerpo, debe ir desarrollando los otros cuerpos sutiles que poseemos, es decir, el cuerpo etérico, el emocional y el mental. A partir de los 21 años es como si volviéramos a nacer, con todos nuestros cuerpos ya

formados, es un renacimiento o una etapa iniciática, ahora ya como adultos formados. De aquí viene la enorme importancia que tiene la pedagogía y la educación de un hijo, de un nuevo ser en la Tierra...

A partir de los 21 años nuestras almas tienen que volar por sí mismas, empezar nuestro verdadero camino y exploración como almas ya formadas o *formateadas* en sus distintos cuerpos sutiles. Las grandes etapas de 21 años se suceden durante una vida entera y se repiten patrones (negativos o positivos) por oleadas de 7 años. Así, de los 21 a los 28 años (y también entre los 42 y 49, y de los 63 a los 70 años) tenemos la oportunidad de rehacer todo lo relacionado a la estructura: viviendas, dinero o supervivencia, seguridad, etc. Como ocurre en el plano emocional, de nuevo, entre los 28 y 35 años (maternidad, hijos, amigos, madurez emocional, etc) y la misma revisión de valores relacionales ocurre entre los 49 y los 56 años, o entre los 70 y 77 (donde yo estoy ahora, por eso escribo estos Fragmentos Existenciales). Y con nuestra intelectualidad y espiritualidad tenemos las siguientes etapas para madurarlas, entre los 35 y 42 años, entre los 56 y los 63, y entre los 77 y los 84 años.

De la misma forma, el alma o conciencia de un ser humano también tiene períodos y etapas en su evolución terrenal. En aquel trabajo antroposófico/espiritual que comenté al principio, y que se encuentra en 'Geometría y Luz', expliqué este gran proceso evolutivo de un individuo y de la sociedad humana en general, relacionando cada etapa de la conciencia con la maduración de un chakra y también en relación con la Historia de la humanidad. Se puede sintetizar todo este proceso anímico evolutivo diciendo que, desde que nacemos, pasamos de ser *etnocéntricos*, a ser *egocéntricos*, a luego a ser *multicéntricos*. Iremos por pasos...

El alma encarna, es decir, toma un cuerpo de carne, para experimentar y expandir su propia porción de divinidad, su luz como seres solares que somos. Al principio estamos inmersos en un proceso de supervivencia tremendo, y dependemos de la comida, del techo, el calor, la seguridad y la amorosidad que nos viene de fuera, generalmente de nuestros padres, casa, trabajo, relaciones y circunstancias. Por tanto, la familia es fundamental en esta etapa pues nuestra alma y nuestra vida entera depende de que nos cuiden los demás. Aquí es donde se da tanta importancia al clan, al grupo, a la manada, a la familia... por eso se dice que es una *etapa etnocéntrica*. Pertener a un tipo de familia u otro, a un tipo de valores u otros, a un territorio u otro, a una religión u otra, nos marca la diferencia entre clanes, entre grupos culturales, entre valores diferenciales, entre partidos, ideas, costumbres, etc. Somos seres etnocéntricos al menos hasta los 14 años, y a veces, mucho más tiempo...

Es a partir de entonces cuando comienza la *etapa egocéntrica*: cuando una persona de 15, 16 o 17 años comienza a querer diferenciarse de su clan, de su grupo étnico/cultural. Es la etapa egocéntrica o el proceso 'natural' de *individuación*, de diferenciación de nuestros congéneres. Es algo necesario y legítimo para empezar a saber 'quién y cómo somos', para descubrir tu tipo de alma, tu diferencia, tu unicidad. Es la conocida etapa de cuando nos vestimos de forma 'informal', o cuando nos perforamos el cuerpo o lo pintamos de colores, o cuando atraemos la atención encerrándonos en una habitación o cuando guardamos secretos, o cuando criticamos o gritamos a quien más amamos, o cuando elegimos experimentar la sexualidad y la maternidad con personas que apenas conocemos ni amamos profundamente. Este fue mi caso al casarme a los 19 años, celebrando una boda hippy de lo más informal, vestida con tejanos, una camiseta de algodón teñida por mí misma, flores en el pelo y el resto de parafernalia de 1970, reivindicando una vez más mi libertad.

Todo este proceso narrado es la famosa 'adolescencia'. Esta etapa egocéntrica no es más que un puro intento de autoconocimiento, un período donde te observas en demasía, es el 'empezar' a descubrir nuestro potencial. Aunque lo llamemos egocentrismo no es egoísmo, es pura exploración de nuestra individualidad, de nuestro Ser. Es la época de saber o intentar saber cuáles son nuestros verdaderos valores, nuestra ética, nuestras propias ideas, que mayormente pasan por ser distintas a las de nuestros padres, familiares, profesores o tutores, a menos que nuestra prioridad sea ser un clon de

papá o mamá. Y pocas almas quieren ser así, una repetición de alguien, seguir con los mismos valores de siempre... aunque a veces, el miedo a evolucionar nos lleva a esa mimesis, a esa *adolescencia permanente*.

Hay personas que a los 50 años aún no han realizado su proceso natural de individuación, asociado a la maduración del tercer chakra o plexo solar, o que aún tienen comportamientos psico-emocionales adolescentes (etapa egocéntrica) y no se conoce nada a sí mismo. Incluso hay quien aún se sienten vinculados a un clan, grupo o partido, o no saben aún en qué trabajar, o cómo independizarse, ni como salir de las normas de su clan o entorno, simplemente porque aún no han podido trascender la etapa etnocéntrica, la del primer y segundo chakra, vinculados a la supervivencia y la creatividad de nuevas realidades. La tendencia a estancarse en uno de esos procesos madurativos es tremenda. Requiere una profundización y una atención especial a los dictados de tu alma, a tu Ser interior más allá de la personalidad, a una voz interna que no siempre se oye con claridad. Aunque realmente esa 'sordera' no es lo común ni natural en un *alma que es consciente de ser un espíritu* en permanente evolución y vinculado a un Todo mayor.

Mis pacientes se acercan a la Geocromoterapia y repiten distintas sesiones, comentando siempre algo común: que los 77 códigos o arquetipos Geocrom les ayudan mucho a verse a sí mismos y a madurar de una forma acelerada en su proceso evolutivo. Ellos mismos dicen y constatan que, en pocas sesiones, perciben más luz en todo, más fuerza interior, un empoderamiento que nada tiene que ver con su ego sino con su alma. Es desconcertante que una persona como yo pueda ayudarlos de esta forma, cuando la luz y la claridad es lo que siempre busqué de mil formas y pocas veces encontré. Está claro que muchas cosas fueron las que tuve que vivir antes para poder realizar este servicio hoy. Es como si yo, en cada caso, estuviera en la piel de cada uno de mis pacientes (que dicho sea de paso, siempre me hacen de espejo, del pasado o del presente). Por esa razón me puedo poner fácilmente en su lugar y muy a menudo sé sacar al exterior *su luz interior*. Pero la herramienta de la geometría y el sagrado cromatismo de la luz, que es mi *medio* de sanar y ayudar a evolucionar, parece que es la única que les facilita esta fuerza, esta sanación de su alma, una entidad que siempre es un Ser único y peculiar, divino y maravilloso, pero que en esta etapa de su camino está como *perdido en la niebla* de su existencia, por eso pide ayuda.

Pero sigamos, ahora con la *etapa evolutiva multicéntrica*. A partir de la maduración de los tres primeros chakras o centros de conciencia primarios (o sea, supervivencia, familia, clan, personalidad, individuación, capacidad creadora...) y una vez ya maduro ese gran proceso de verse a sí mismo y amarse como un es (no como los demás quieren que seas) solamente entonces es cuando podemos 'ver al otro', es decir, es cuando empezamos a amar realmente, a sentir la fuerza de la compasión y la comprensión profunda. Si no te conoces ni te amas a ti mismo, no puedes (ni sabes) amar a otro ser, a otro individuo. Solo cuando uno encuentra su Ser único (proceso de individuación) sus valores, sus dones, su singularidad, entonces es cuando podemos ver la singularidad del otro y amar a aquel Ser por lo que es.

No se trata de ese amor de intercambio o 'comercial' de... '*yo te amo si tú me das eso a cambio (dinero, sexo, comodidad, etc.)*' sino que hablamos ya de un tipo de amor puro e incondicional, de admiración profunda del alma del otro, tu compañero o colega, tu hijo o quien sea. El 'otro' es un individuo que reconoces de alma a alma, porque antes ya habías reconocido tu propia alma, tus valores; has conocido y valorado a tu propio Ser, amas a tu alma individual, y por eso lo puedes reconocer al otro como alma única. Si no te reconoces a ti mismo, simplemente lo amas parcialmente, en algunos aspectos, te proyectas en él, y él se proyecta en ti, pero no lo ves realmente en su amplitud, tan solo ves lo que quieres ver en él, o lo que te interesa ver de él o ella.

La visión multicéntrica es un estadio de la conciencia humana muy distinto al de los anteriores explicados. Es empezar a vibrar en una nota muy fina y con un tono muy sutil que se expande muy fácilmente, sube, sube y flota como una nube. No es un estado conciential tan pesado, tan guerrero, tan troglodita ni de tanta rivalidad como los anteriores niveles de conciencia etno o egocéntrico. Es un estadio evolutivo muy dulce y plástico, adaptativo y a la vez veraz, transparente y directo, muy comprensivo y flexible. Con este cuarto chakra o estadio evolutivo maduro y en plenitud, empezamos a vibrar en la fuerza del amor de una forma tan natural... que el universo entero nos acompaña con la misma frecuencia que lo define. Y todo resulta mucho más fácil, ágil, vivo, etérico o ingravido. A eso lo llamamos... LUZ.

Por eso decía al principio que nuestra alma se va haciendo cada vez más luminosa. Quizá ese hilo conductor que relaciona todos los procesos evolutivos es solamente *la búsqueda de esa Luz que ya somos*, pero que no sabemos que somos, y tenemos que pasar por esas etapas pesadas de la oscuridad y la densidad, del esfuerzo, las carencias y todo lo que implica los primeros estadios del alma. Hasta que vamos RE-encontrando nuestra propia luz, la lucidez, nuestra divinidad, nuestro sol interno o chispa peculiar, esa fuerza que nos permite amar, amar todo, comprenderlo todo más allá de la mente.

Esa luz estable, madura, alegre, bondadosa y permanente, nos permite vibrar al unísono en la frecuencia del Amor universal, a vibrar junto a los demás, con sus almas, pero también con sus egos temporales. Es una luz que nos permite oscilar sincrónicamente con nuestro propio Ser, pero también con cada cosa que tocamos o creamos a diario. Esa luz parece ser el lenguaje que emplea el Universo para cocrear contigo tu realidad, aunque sea una realidad temporal y efímera, como es nuestra vida.

Según lo expresado en los 4 primeros textos, cuando decía que debo comprender 'algo más' sobre mi don de canalizar, sobre esa incógnita de la desproporción entre lo sembrado y la cosecha obtenida, y a pesar del agradecimiento a esa cualidad o de lo que me reconforta espiritualmente, creo que de alguna forma, la Luz y el universo entero me ha guiado por este camino. Imaginemos lo contrario: el 'éxito' y la difusión masiva de todo lo que he creado y canalizado, incluida la Geocromoterapia, podría tal vez alejarme de esa soledad e interiorización que tantos frutos me ha dado. Con el éxito y la popularización quizá me hubiera dedicado al exterior, no al interior, a la manifestación social, no a observar el motor de la creación, ni a reflexionar o a sentir la fuerza del gran Espíritu.

Tal vez no hubiera explorado mi intuición o mi voz interior, sino tan solo lo que el mundo quiere. Según el segundo texto, mi libertad de elegir cada cosa en cada momento se hubiera teñido de 'lo que se espera de mí', y entonces mi libertad, incluso mi anarquía haciendo tan solo lo que mi corazón decía, no hubiera actuado tan libre y espontáneamente. Es cierto que no respeté bien en lo privado ese poder de elegir, y que muy a menudo no fui responsable de mi libertad, ni de mi intuición o voz interior. Pero creo que, aparte de convertirme en una persona más resiliente, empleé cada paso y cada circunstancia como *combustible* para encontrar mi propia luz, mi alma, el tipo de ser que realmente soy, con lo bueno y lo malo, con sus dones y sus defectos.

Esa búsqueda reveló algo que el éxito social lo hubiera tapado, algo precioso ypreciado que el mundo no te da fácilmente, pero sí que te lo da la Fuerza del Espíritu. Seguir mis propios pasos es lo único que he sabido hacer y siento que eso está en relación directa con la paz interna que ahora vivo. Pero también percibo claramente que el encuentro profundo con el gran Espíritu aún no se ha completado...